

# HELDER CAMARA: LA VIOLENCIA NO BASTA



ESTE personaje mítico de la no-violencia católica es un obispo de sesenta y dos años de aspecto frágil, gesto complejo, mezcla de bondad y dramatismo, con palabra fácil y sencilla, que arrebató a las masas por sus contundentes argumentos asequibles a todos, y que —en el fondo— sabe manejar con gran habilidad eso que se llaman «relaciones públicas». Por eso la prensa de todos los países publica frecuentemente sus «entrevistas», reportajes y discursos, que siempre impresionan por su profundidad y un poco mística sinceridad. Es amigo personal de Pablo VI, con quien, antes de ser Papa, trabajó manifiesto afecto. Su nombre fue conocido entre nosotros solo al final del Concilio Vaticano II, cuando empezó a llamar la atención por las conferencias fríamente dramáticas pronunciadas en Roma, que alertaron a la opinión pública sobre los graves problemas de subdesarrollo existentes en América Latina. Sus ataques rotundos y valerosos contra la ayuda americana no eran nada demagógicos: se limitaban a emplear el argumento de las cifras, que en dos líneas resultaron más significativas que largos párrafos explicativos. Declara, por ejemplo: «En el período de 1950 a 1961, los capitales extranjeros colocados en América Latina se han elevado a 9.600 millones de dólares, mientras que las sumas repatriadas a los países prestamistas se han elevado a 13.400 millones de dólares. Por consiguiente, quien ha prestado a los países ricos es América Latina: el total de este préstamo a los ricos se ha elevado a 3.800 millones de dólares». Su padre era un hombre apartado de toda religión, que marcó una fuerte impronta en sus ideas católicas abiertas. Dom Helder confiesa: «Mi padre me ayudó a ver que es posible ser bueno sin ser religioso. Y más tarde yo mismo comprendí que se puede ser católico practicante y ser un egoísta». Su primera actividad, después de ordenarse sacerdote a los veintidós años, fue una mezcla de cura y burócrata civil. En 1952 —a los cuarenta y tres años— fue nombrado obispo auxiliar de Río de Janeiro, cuyo arzobispo era un cardenal ultraconservador y fuertemente politizado. Vivió ya entonces Dom Helder pobremente en el Botafogo, barrio popular de Río, negándose a habitar en el palacio arzobispal. Sus programas de televisión le hicieron un personaje popular en el país: todo el mundo podía admirar su oratoria clara y rotunda cada semana. En 1959 fundó el

Banco de la Providencia, especie de Caja de Ahorros para los más necesitados. Sin embargo, estas experiencias no le convencieron: estaban todavía a nivel de una caridad «artesanal», como la llama el marxista Roger Garaudy. Y por eso mismo cambió de mira y empezó a comprender que hacía falta una transformación social a fondo. Es la época en que empieza a tener un enemigo peligroso: el impetuoso católico de derechas Carlos Lacerda, gobernador de Guanabara. En marzo de 1964 es nombrado arzobispo de Recife, librándole del duro yugo que sufrió bajo la autoridad ultra-reaccionaria del cardenal de Río de Janeiro. Y es entonces cuando empieza también a ser tildado de «comunista» por sus ideas abiertas en lo social. La primera decisión de las fuerzas reaccionarias —al ser nombrado arzobispo del pobre Nordeste— es asaltar el palacio arzobispal al día siguiente de su entrada en la diócesis. Pero el no-violento Helder Câmara no es nunca un hombre pasivo:

con energía se impone al general Gouveia de Amaral, y éste retira sus tropas del palacio. Su «política» desde entonces consiste en «concienciar» a las masas dándoles un masivo conocimiento de su injusta situación, y en conseguir un movimiento de «presión moral» que sea más eficaz que la acción guerrillera, fracasada a la larga —según él— en casi todos los países americanos.

Ha tenido momentos de tensión con el Vaticano —a pesar de su amistad con el Papa—, como le ocurrió cuando hizo su viaje en 1969 a París, donde pronunció, ante varios millares de personas —en pleno comienzo de la excitación estudiantil francesa—, una conferencia a favor de la no-violencia activa, con la que se ganó el difícil auditorio en el coloquio que siguió a su exposición. Pareció entonces que le iban a prohibir seguir hablando públicamente fuera de su diócesis, pero todo quedó arreglado al poco tiempo porque la Santa Sede amainó sus rígidas condiciones. Y la tensión con

el Gobierno brasileño culminó en el asesinato de su adjunto, el padre Enrique Pereira Neto, en 1969; asesinato que muchos sospechan fue un crimen político a juzgar por las torturas y demás detalles infligidos al colaborador de Helder. Su tesis, sin embargo, es la no-violencia. Tesis que —según él— no es sólo evangélica, sino realista: «Esta posición personal —dice— se basa en el Evangelio; pero está fundada en la realidad. ¿Queréis realismo? Entonces os digo: si en cualquier lugar del mundo, pero sobre todo en América Latina, se produjera una explosión de violencia, podéis estar seguros de que, inmediatamente, llegarían los Grandes —incluso sin declaración de guerra—; las Superpotencias estarían allí, y tendríamos un nuevo Vietnam... Precisamente porque necesitamos llegar a la revolución estructural, es indispensable antes —pero en un nuevo sentido— una revolución cultural». Este activo y hábil profeta de la paz es Dom Helder Câmara. ■ E. MIRET.

## ENTREVISTA EN RECIFE

**DOM HELDER CAMARA.**—La Iglesia ha cometido graves pecados de omisión. Preocupados durante demasiado tiempo por el mantenimiento del orden social y de la autoridad, nosotros, hombres de Iglesia, ni siquiera nos dábamos cuenta de que ese pretendido orden social no era otra cosa que un desorden estratificado. Pero, después del Concilio Vaticano II y de la reunión de la jerarquía latinoamericana en Medellín, hemos tomado plena conciencia de que ya no era posible continuar ofreciendo nuestro sostén a este orden social ni a las autoridades que lo representan. Hemos llegado al convencimiento de que nuestro deber consiste en intentar abrir los ojos tanto a los poderosos como a las masas.

«Pero he aquí cómo, de pronto, se nos tilda de subversivos y de comunistas. Ahora bien, no existe problema personal alguno entre el Gobierno y tal o cual obispo. No, se trata de un problema mucho más pro-

fundo, un problema que radica en la visión diferente de una misma realidad. Aunque yo nunca pierdo la esperanza de que un día los jóvenes militares de América Latina lleguen a comprender lo grave que es para la fama de nuestro continente el aportar, en nombre del anticomunismo, una tapadera al mantenimiento de estructuras de esclavitud.

• A este respecto, ¿cómo ve usted el régimen que gobierna su país desde mil novecientos sesenta y cuatro?

D. H. C.—Me parece que si queremos comprender lo que ocurre no sólo en el Brasil, sino también en todos los demás países de la América Latina, es necesario contemplar lo que pasa en los medios militares. En las escuelas superiores del Ejército se enseña una filosofía política que da una visión simplista de la realidad: un mundo dividido en una mitad capitalista, de-

positaria de todos los valores, y otra mitad socialista, detentadora de todos los antivalores.

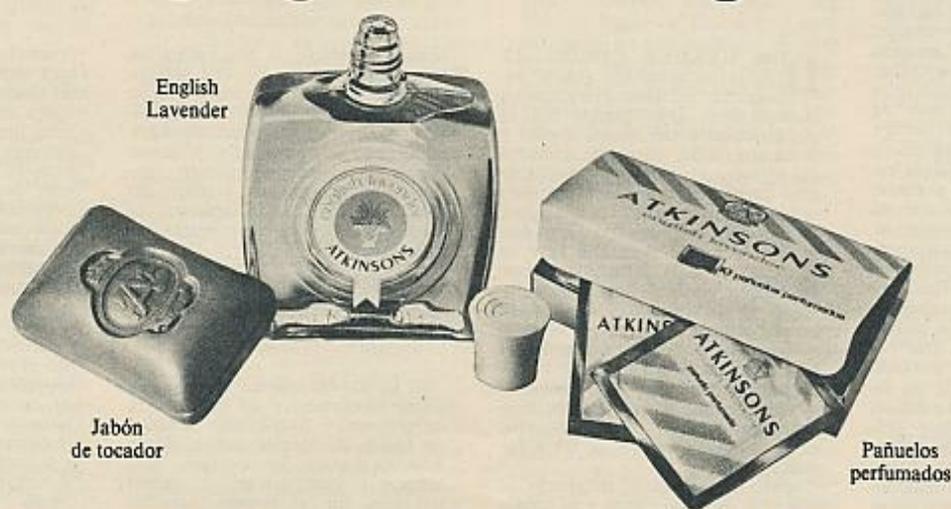
«En cuanto a los militares mismos, llego hasta a pensar que son sinceros en su deseo de ayudar al país, de poner fin a la corrupción, pero también a la agitación, a la subversión, ya que desean evitar a toda costa lo que llaman la **cubanización** de América Latina. Aquí está el peligro: en nombre del anticomunismo se llega a verdaderos absurdos.

«En el Brasil, el actual régimen se preocupa ante todo de salvaguardar el orden social, es decir, la propiedad privada, la iniciativa privada, así como de mantener estrechos lazos con los Estados Unidos. Trata igualmente de combatir la inflación y se sorprende ante el hecho de que personas sinceras formulen objeciones y rehúsen colaborar con un Gobierno que estimula el desarrollo del país.

«Pero no es sólo el desarrollo económico lo que cuenta. Yo luché por



Una vida impregnada de fragancia inglesa.



English  
Lavender

Jabón  
de tocador

Pañuelos  
perfumados

English Lavender de ATKINSONS

## HELDER CAMARA:

el desarrollo integral de todo el hombre, de todos los hombres. Ahora bien, es fácil de ver no solamente en el Nordeste brasileño, sino un poco por todo el país, cómo hay ricos que se vuelven cada día más ricos y pobres que son cada día más pobres.

• **¿Qué es lo que queda hoy de la democracia en Brasil?**

D. H. C.—Yo plantearía esa cuestión para el mundo entero. ¿Qué queda de una verdadera democracia en nuestro mundo? El poder económico y los «trusts» internacionales controlan el mundo. Aquí, como en todas partes, hasta la libertad de prensa resulta demasiado relativa. Termina exactamente donde empiezan los intereses de empresa.

• **¿Y las libertades individuales?**

D. H. C.—Como dice la prensa internacional, ya no existen en realidad. De momento, todos los derechos dependen prácticamente del arbitrio del poder político. Todos los derechos...

• **¿Cómo se manifiesta la represión?**

D. H. C.—Aquí tenemos una demostración práctica de eso que ha ocurrido en algunos países, de eso que ha de ocurrir mañana en otros... En todas partes existen injusticias, tanto en países subdesarrollados como en los desarrollados. Ahora bien, para mí, tales injusticias constituyen la violencia número uno, esto es, la violencia institucional.

«Cuando los oprimidos, o los jóvenes en nombre de los oprimidos, se lanzan a la calle, eso es ya la violencia número dos. El Gobierno pone inmediatamente en acción la violencia número tres, ya que se ve en el derecho y la obligación de salvaguardar el orden. Estoy convencido de que esto que el Brasil conoce hoy, otros países lo han conocido ya y otros lo han de conocer aún, puesto que en la represión de la revuelta, de la protesta de los oprimidos, hay una lógica interna que conduce hasta la tortura, encaminada a arrancar secretos que se consideran de importancia decisiva para el orden y la seguridad nacional. Estoy convencido de que solamente cuando los Gobiernos lleguen a comprender que la única manera de llegar al fondo del problema consiste en afrontar las injusticias que constituyen la violencia número uno, sólo cuando lleguen aquí, al corazón del problema, sólo entonces el mundo podrá conocer la paz.

• **Usted ha formulado la primera denuncia contra la práctica de torturas en el Brasil.**

D. H. C.—Sí, se tortura... Y desgraciadamente no es éste un monopolio del Brasil. Francia ha conocido la tortura, Alemania la ha conocido también; otros países pueden conocerla mañana. Porque existe una lógica de la violencia, de la violencia armada. Existen injusticias que están ahí. Hoy o mañana, los oprimidos saldrán a la calle para protestar. O la juventud, en nombre de los oprimidos. Y el Gobierno seguirá esa lógica interna de la violencia armada.

• **¿Le ha afectado a usted la represión personalmente?**

D. H. C.—No. Por ahora sólo me ha afectado la prohibición, si no oficial por lo menos práctica, de hablar por televisión o expresarme a través de la prensa. Es lo único. En lo que respecta a la prensa internacional, como usted ve, puedo hablar con toda libertad; nadie me controla. También puedo trasladarme al extranjero sin ninguna dificultad.

• **El Gobierno de São Paulo le ha acusado de deformar la imagen de su país en el extranjero. ¿Qué tiene usted que responder a sus detractores?**

D. H. C.—En apoyo de sus acusaciones, el gobernador de São Paulo no pudo utilizar más que recortes de prensa. Yo había preparado una respuesta, cuya publicación exigió el cardenal Agnelo Rossi, de São Paulo. La carta del gobernador fue ampliamente difundida, mi carta sólo pudo circular multicopiada.

«Respecto a la imagen del Brasil, yo puedo demostrar que en realidad no hago más que defender a mi país y al Tercer Mundo en general. Luchó, ante todo, por la justicia. Ese es el contenido esencial de mi mensaje. Y afirmo que la presencia de los exiliados habla por sí misma en contra del actual régimen del Brasil, sobre todo si se tiene en cuenta que algunos de esos exiliados llevan en sus cuerpos las huellas de las torturas a que han sido sometidos.

«Si el Gobierno quiere realmente mostrar otra cara del país, nada más fácil: no tendrá más que adoptar posturas más rigurosas y luchar contra el colonialismo interno. Y contra el neocolonialismo también, el cual no es sino una consecuencia de los imperios. Y digo bien imperios en plural, pues, en mi opinión, hay imperios socialistas que hacen el mismo juego que los capitalistas. No hay más que ver lo que ocurre en las reuniones de la UNCTAD, de la Asamblea de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, donde la Unión Soviética y los Estados Unidos hacen gala de la misma frialdad y del mismo egoísmo.

• **¿Qué solución ve usted actualmente?**

D. H. C.—Las soluciones muchas veces se ajustan a lo que pasa en el mundo. Y en Latinoamérica se están produciendo ya una serie de cambios. Por ejemplo, la postura de los militares del Perú es diferente de la de los militares de mi país. Quizá mañana el ejemplo de los peruanos infunda valor a nuestros militares. Quizá también el ejemplo de Chile, que, en mi opinión, ha iniciado una experiencia socialista independiente a la vez de Moscú y de Pekín... Allende ha dicho que le gustaría hacer el experimento de un socialismo chileno. ¿Por qué no podría el Brasil realizar mañana el de un socialismo brasileño?

• **¿Usted propugna pues el socialismo?**

D. H. C.—Sí. No es que me haga ilusiones respecto a las experien-

cias socialistas del momento, pues me parece que la Unión Soviética sigue una línea abiertamente imperialista y creo que China roja va a seguir sus mismos pasos. Pienso en un socialismo diferente, un socialismo que de verdad respete a la persona humana, que no caiga en la dictadura de un Gobierno o de un partido. Le recordaré que no soy experto ni en economía ni en política. Pero considero indispensable una profunda modificación de las estructuras económico-sociales y político-culturales. ¿Cómo llevar esto a cabo? Bueno, eso es tarea de técnicos. Yo no tengo por qué saber cómo se puede llegar a operar esos cambios.

«Me gusta animar a los jóvenes a que descubran por sí mismos el modelo de su propio desarrollo. Creo que yo soy demasiado viejo, además de obispo, para proponer soluciones concretas. Yo intuyo el futuro, lo veo como en sueños, siento que nada cabe esperar ya ni del capitalismo ni del neocapitalismo.

«La juventud tiene una gran tarea por delante. Ahora vamos a seguir con interés la experiencia chilena. Está claro que Allende se verá sometido a terribles presiones. Nuestros amigos norteamericanos no deben estar demasiado contentos con lo que está pasando en Chile. También presionará la Unión Soviética, y quizá hasta la China roja. Lo que ocurra en Chile interesará a todo el mundo.

«¿Hasta cuándo conseguirá Allende salvaguardar esa línea firme que se ha marcado de un socialismo chileno, socialismo que, según él, no irá ligado al materialismo dialéctico?

«Además, ¿por qué han de ir necesariamente unidos socialismo y materialismo dialéctico? Pienso que sería muy importante escribir un libro sobre lo que Marx diría si estuviese vivo. Yo ya le pedí a Roger Garaudy que lo hiciera. Porque no hay que repetir una y otra vez lo que dijo Marx. ¿Cómo reaccionaría Marx hoy en día? Estoy convencido de que reconocería sinceramente que ya no es necesaria la relación entre la religión y la alienación, porque existen actualmente, y no sólo dentro del cristianismo, grupos que no desean, que no admiten que la religión sea una fuerza alienada y alienante.

• **¿Qué representa su corriente en el seno de la Iglesia brasileña?**

D. H. C.—No diga usted mi corriente, porque las ideas que yo sostengo no son ni más ni menos que las del Vaticano II y las de Medellín. Es decir, que todos nosotros, obispos de Latinoamérica, estamos comprometidos en la lucha de mañana. Si existen algunas divergencias en cuanto a la aplicación práctica de estas ideas, la verdad es que estamos totalmente de acuerdo en lo esencial.

• **Pero son todavía una minoría los curas que han tomado conciencia...**

D. H. C.—¿Conoce usted algún país donde, en un momento dado, no haya habido minorías? Yo siempre adopto el punto de vista, bastante más amplio, del Vaticano II y de Medellín. Esperar a que las mino-

rias se conviertan en mayorías para hacer realidad nuestros deseos es más o menos utópico. Es verdad que hay que contar con el acuerdo mayoritario para la aprobación, pero por lo que se refiere a su aplicación, esto siempre es tarea de minorías armadas de valor.

• **¿En qué perspectiva, cómo ve usted la colaboración entre cristianos y marxistas?**

D. H. C.—No es tarea fácil, porque los marxistas caen a menudo en una tentación que ha sido el gran pecado de los cristianos durante siglos. Me explicaré: es importante que el hombre tenga convicciones profundas. Creo que sólo los que tienen convicciones profundas son capaces de hacer que el mundo marche. Las personas que no tienen más que opiniones vagas, nunca conseguirán nada.

«Pero una cosa es tener convicciones profundas y otra muy diferente tratar de imponérselas a otros por la fuerza. Desgraciadamente, la Iglesia tiene, en este terreno, una experiencia muy triste. Me refiero a la Inquisición. Nosotros teníamos unas convicciones globales que intentábamos imponer a los demás por todos los medios. Por eso yo les digo a los marxistas que vienen a verme: ¡No aceptéis convertirlos en los inquisidores de este siglo XXI que va a comenzar! Conservad vuestras convicciones, que yo respeto. Pero, ¿por qué imponerlas por la fuerza? ¡No hay que olvidar esa triste y horrible lección!

• **Pero, ¿cómo contestar a la violencia institucionalizada?**

D. H. C.—Como le dije antes, la violencia número uno existe en todas partes. Todo empieza con las injusticias. Para poder hacer frente al problema de la violencia hay que atacar al mal en su raíz, en los países subdesarrollados y en los desarrollados, al mismo tiempo. Si no se consigue cambiar las estructuras, la violencia persistirá. Será una violencia institucionalizada. Y provocará siempre la natural reacción de los oprimidos, o de la juventud en nombre de los oprimidos. Y el Gobierno interviene para salvaguardar la seguridad nacional, el orden público, etcétera. Respeto a los que, en su conciencia, estiman que hay que responder a la violencia institucionalizada por medio de la violencia armada. Lo único que ocurre es que, de ese modo, nos veremos arrastrados por una especie de torbellino de violencia, y yo pienso que la violencia no basta.

«En estas condiciones, espero que el hombre, el hombre de nuestro siglo, tendrá suficiente imaginación creadora como para descubrir nuevos caminos, vías que no sean las de la violencia, aun a la hora de enfrentarse a las dictaduras. Hay que exigir cambios de estructuras en los dos mundos, el desarrollado y el que aún no lo está. Mientras que nosotros nos ocupamos de llegar a una auténtica transformación de las estructuras de nuestros países, espero que en los países desarrollados se lleve a cabo un esfuerzo paralelo. Porque sin cambios, en la política internacional del comercio, por ejemplo, esto no puede marchar... ■ Declaraciones recogidas por JEAN-CLAUDE BUHRER.